Historia de los valientes caballeros

Madrid

[1893?]

# BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
## PRESERVATION OFFICE
## CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

## RLG GREAT COLLECTIONS
## MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
## JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

**Master Negative Storage Number: OCI00043.23**

**Control Number: ADT-3636**
**OCLC Number : 29694348**
**Call Number : W 381.568 H629 v.3 VALI**
**Title : Historia de los valientes caballeros Tablante de Ricamonte y Jofre Donason : arreglada según las tradiciones más acreditadas de dicha obra.**
**Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]**
**Format : 24 p. ; 22 cm.**
**Note : Cover title.**
**Note : Caption title: Historia de Tablante de Ricamonte y Jofre Donason.**
**Note : Title vignette.**
**Subject : Chapbooks, Spanish.**

**MICROFILMED BY**
**PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)**
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)




# HISTORIA

DE LOS VALIENTES CABALLEROS

# TABLANTE DE RICAMONTE

# Y JOFRE DONASON

Arreglada según las tradiciones más acreditadas de dicha obra.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

# HISTORIA

# DE TABLANTE DE RICAMONTE

# Y JOFRE DONASON.



## CAPÍTULO PRIMERO.

Se presenta Tablante de Ricamonte en la córte del rey Artus y desafía á todos los caballeros de la Tabla Redonda, venciendo y llevándose prisionero al conde don Milan.—Jofre Donason pide permiso para ir á libertarle.

Luego que se hubo instituido la órden de los caballeros de la Tabla Redonda, fundada por el rey Artus, floreció un apuesto doncel y denodado caballero llamado Tablante de Ricamonte. Este noble señor del castillo de su ilustre apellido, anheloso de gloriosas aventuras, abandonó sus Estados y se dirigió á la córte del rey Artus sin otra compañía que su esfuerzo, denostando á los caballeros de la nueva Orden cuyo fundador era el rey; entró en la córte y dirigiéndose á palacio manifestó á los criados y guardias de Su Alteza que él era un caballero andante y que su objeto era el de batirse con el mejor que hubiese en la córte seguro de salir airoso en la demanda por conceptuarse mas esforzado que ninguno de ellos, cuya prueba la justificaria con su espada, admitido que fuese el reto que formalmente hacia.

Asombrados los guardias y sirvientes del rey de tan temeraria empresa, y deseosos de castigar el insolente descaro de un solo caballero que se atrevia á desafiar á todos los de la córte, dieron parte al rey de la demanda de Tablante, quien les contestó le dijeran que

manifestara su nombre; pero el caballero no quiso acceder á ello, diciéndoles que á su tiempo lo diria.

Admirados el rey y la reina que á la sazon se hallaban reunidos en uno de los magníficos salones de palacio, de la arrogancia del andante caballero, preguntaron á sus ministros si habia alguno de los de la Tabla Redonda capaz de salir á campaña y castigar la osadía é insulto hecho á su córte por el desconocido caballero, que armado con las mas brillantes armas y soberbio caballo, esperaba en la muy ancha plaza de palacio la contestacion al reto que habia osado hacer. Los ministros contestaron á SS. AA. que por una rarísima casualidad no se hallaba en la córte otro caballero que el conde don Milan imposibilitado entonces de poder salir á campaña á consecuencia de una grave enfermedad que habia padecido y de la que aun se hallaba convaleciente, por lo que sus fuerzas estaban debilitadas en sumo grado. Al escuchar el rey esta noticia mandó le proveyesen de sus armas, decidiéndose él en persona á responder al duelo á que se provocaba á todos los caballeros de su córte; pero la reina le hizo desistir de su propósito, manifestándole lo imprudente que sería salir á un combate con un desconocido caballero que en caso de vencer, haría caer una indeleble mancha sobre la corona, y si fuese vencido, nada ganaría en ello la real persona y sus Estados. Convencido el rey de tan justas reflexiones, desistió aunque muy á su pesar de la proyectada empresa; pero el conde don Milan, á cuya noticia habia llegado ya cuanto pasaba, pidió al rey le diese licencia y le abriese el campo para contestar al atrevido que habia osado desafiar á toda su córte; pues no era bien visto, y sí sería demasiado afrentoso el que el caballero fuese jactándose de no haber hallado quien con él se batiera. El rey Artus no pudo menos de otorgarle lo que pedia porque de lo contrario hubiera sido deshonrar á toda su córte.

El noble conde montó en un arrogante alazan que tascando el freno que cubria con blanco espumarajo y esparciendo la arena por el aire con sus delgadas manos, daba inequívocas pruebas de su fogosidad y bravura. Una brillante armadura de bruñido acero esmaltada en oro, un gracioso casco de relumbrante plata en cuya cimera ondeaba un hermoso plumero blanco, una gruesa lanza, una larga y brilladora espada y una daga de marfil y acero, componian el todo del ilustre conde, que partió inmediatamente para la gran plaza donde le esperaba el desconocido mantenedor. Puesto á su frente se saludaron con política, suplicándose mútuamente manifestasen sus nombres, á lo que accedieron gustosos.

Pasados estos cumplidos propios de aquellos tiempos los dos caballeros tomaron el suficiente espacio para encontrarse con mas fuer-

za, y fué tan grande el primer choque, que los dos bambolearon sobre las sillas y apenas los caballos pudieron sostenerse sobre las ancas: volvieron á tomar campo y arremeten con tanta violencia que las armas centellean con el choque echando chispas, los escudos cayeron en pedazos sobre la arena, y Tablante se sintió herido aunque ligeramente. Furioso como el leon que siente en sus espaldas la aguzada saeta del cazador, arremete á su contrario y de un bote de lanza logra derribarlo al suelo, desmontándose en seguida para concluir su existencia; pero compadecido del conde que imploraba su perdon con la condicion de obligarse á hacer cuanto le mandase, le perdonó la vida previniéndole se fuese á su castillo de Ricamonte en calidad de prisionero, dándole algunos dias de tregua para despedirse del rey y la reina, de su esposa y vasallos.

Otorgado todo esto al conde don Milan, Tablante de Ricamonte partió para sus tierras y manifestó á los suyos cuanto le habia pasado, espresando que dentro de algunos dias se presentaria el conde en el castillo, donde tenian que darle diariamente cincuenta azotes para eterna deshonra del rey Artus á cuya córte pertenecía.

En el mismo castillo de Ricamonte habia treinta caballeros prisioneros vencidos por Tablante, á cuya presencia dió la órden respecto al castigo del conde don Milan.

El conde por su parte, pronto siempre á cumplir la palabra que habia dado como caballero á Tablante, se presentó al rey Artus y demás de su córte manifestándole su desgracia que todos compadecieron, y en seguida partió para sus Estados y se despidió de su esposa, amigos y vasallos, suplicándoles buscasen algun medio para librarle de la inevitable prision á que su mala estrella le conducia.

Llegado el conde don Milan al castillo de Ricamonte, manifestó quién era y delante de los criados que le acompañaban, los de Tablante le dieron los cincuenta azotes que habia mandado su señor sobre la misma acémila que allí le habia conducido, diciéndoles que participasen al rey Artus el deplorable estado en que habia quedado el conde. Los sirvientes partieron para su tierra y presentándose al rey, le manifestaron cuanto les habian dicho y ellos habian presenciado en el castillo de Ricamonte.

Al rey y la córte, lo mismo que á la esposa, deudos y vasallos del conde, se les aumentó el encono y resentimiento al saber el inhumano porte que con él se habia usado.

La desgracia de don Milan no se apartaba un instante del corazon del monarca que le amaba demasiado. En uno de los dias que se hallaba solo con la reina y un apuesto doncel no pudo menos de esclamar:

—¡Qué desgraciado es el conde! parece increible que de tantos caba-

lleros como existen en la córte no haya uno solo que se haya ofrecido á sacarle del horrible cautiverio en que se halla sumergido.

Jofre, que oyó al rey espresar sus sentimientos no pudo menos de avergonzarse al pensar que en la córte de tan poderoso monarca no hubiese un caballero capaz de mitigar su amargo pesar, libertando al conde de la prision que sufria, y postrado á las reales plantas le dijo:

—Poderoso señor; os suplico encarecidamente tengais á bien de armarme caballero, y á fé de tal, os juro por la reina mi señora, que presencia estos votos, que no descansaré hasta encontrarme con Tablante de Ricamonte y exigirle la mas completa satisfaccion por el agravio que os ha hecho y á todos los caballeros de la Tabla Redonda, por la prision del ilustre conde mi pariente, á quien ha tratado cual pudiera hacerlo con un facineroso.

El rey se enterneció al escuchar la caballerosa oferta de su doncel, pero no queria consentir que un jóven que apenas contaba diez y ocho años, fuese á esponer su vida en contra de un enemigo tan formidable y temible como era Tablante; pero la reina que tenia el mas convincente presentimiento de lo mucho que valia el imberbe Jofre, suplicó al rey encarecidamente accediese á la demanda, á lo que no pudo resistir el condescendiente soberano.

Armado Jofre caballero por los mismos reyes, a presencia de todos los demás de la córte, pidió licencia para partir á cumplir la palabra que tenia empeñada; concedida aquella, la reina le regaló una brillantísima armadura que podia competir con la mas rica que tuviera el mas poderoso caballero de la Tabla Redonda; un brioso corcel azabachado, animaba el esforzado corazon del novel caballero que se juzgaba invencible. Montó en él, y al despedirse de los reyes que le miraban entusiasmados desde uno de los balcones del palacio, la reina le dijo cariñosamente:

—Querido Jofre, ya sabes que por mis súplicas has sido armado caballero; y así quiero que desde hoy lo seas mio; pues esta es la voluntad del rey y la mia. Tus hechos nos acreditarán si correspondes ó no á la confianza y aprecio que te hemos dispensado.

—Jofre contestó:—Ilustre señora, yo os juro por lo que mas amo sobre la tierra, que vuestras esperanzas quedarán cumplidas, y si faltase á las reglas que debe observar un buen caballero, que el cielo no me alumbre con el sol que vivifica la tierra, y calienta á los mortales; así dijo, y aplicando la espuela á los ijares del caballo desapareció como un relámpago, quedando los reyes entre el temor y la esperanza del éxito de aquella empresa.

A la segunda jornada varió nuestro héroe de direccion, metién-

dose en un espesísimo bosque por el que anduvo errante mas de tres dias sin que le sucediese cosa notable; pero saliendo al fin de aquella fragosidad, se paró en una encantadora floresta á la que embellecia una bien surtida fuente de cristalinas aguas, cuyas corrientes serpenteaban mansamente por entre las varias flores, formando un dulce y apacible susurro que convidaba á descansar al peregrino y al viajero. Así lo hizo el valeroso Jofre echando pié á tierra y soltando el caballo para que se solazase y paciese. El se quitó el yelmo, y despues de haber bebido el agua suficiente para apagar su sed, se recostó á descansar. Aun no habia cerrado sus lindísimos párpados, cuando observó que se dirigia á él un caballero armado; púsose el yelmo y esperó tranquilamente á que se acercara; pero cuál fué su asombro é indignacion cuando vió que el recien llegado le acometió sin hablarle una sola sílaba, y hallándole desprevenido dá con él en tierra. Furioso se levantó y montando ligeramente en su caballo que aun no se habia apartado de su lado, saca la espada y arremete al desatento caballero que tan cobarde y traidoramente le habia maltratado sin motivo. Pocos tajos fueron bastantes para que el audaz desconocido reconociese la destreza y valor del que acababa de ofender, pues roto el escudo y abollado el yelmo, cayó del caballo aturdido y desalentado. Jofre tuvo intencion de cortarle la cabeza en desagravio de la ofensa recibida, pero su generosidad no le permitió cometer tal atentado, contentándose con reprenderle por su agresion injusta y desatentada. El caballero se disculpó diciéndole·

—Dispensadme, ¡oh, señor! el agravio que engañadamente os he hecho. El caballo que traeis es idéntico al de otro caballero que mató á traicion á un hermano mio, y por esto he padecido la equivocacion de teneros por él.

Jofre le preguntó hácia dónde caia el castillo de Ricamonte, á lo que no supo dar razon el vencido caballero; pero le señaló una abadía de monjes que se hallaba cercana y en la que se creia podian satisfacer su curiosidad. Nuestro jóven vencedor impuso al desconocido el castigo de presentarse en la córte del rey Artus y ponerse á las órdenes de la reina Ginebra su señora, de quien habia sido elegido caballero. El desconocido lo verificó á los pocos dias.

Llegado á la córte se presentó á la reina segun lo habia ordenado Jofre y le manifestó cuanto habia pasado con su caballero. S. A., llena de júbilo y radiante de alegría, se lo notificó al rey quien convocando á todos los caballeros de su córte, les hizo escuchar el relato que el forastero refirió de la primera victoria del imberbe Jofre, de quien aseguró el prisionero no haber visto caballero mas bizarro ni diestro en usar las armas.

Todos se alegraron del primer triunfo del bravo doncel, presagiando otros muchos y mas grandes que alcanzaria en la noble empresa que habia emprendido. Los reyes, en obsequio de las gratas nuevas que les habia dado, permitieron al desconocido caballero se volviese á sus tierras, quedándose ellos y los demás caballeros de la Tabla Redonda solemnizando el dia que tan felices noticias habian recibido.

## CAPITULO II.

**Jofre marcha en busca de Tablante y encuentra un enano que guardaba la lanza peligrosa por mandado del señor á quien servia, se bate con él, le vence y dá libertad al enano y veinte caballeros que estaban presos en una torre.**

Deseoso nuestro héroe de hallar noticias del castillo de Ricamonte, se dirigió á la abadía que le señalara el vencido caballero que habia mandado á su señora la reina: llegado á aquel asilo consagrado á la penitencia y á la hospitalidad, los monjes le recibieron con agrado, haciéndole descansar algunas horas y confortar su estómago con las viandas que le presentaron. Despues de haber recuperado las fuerzas perdidas á impulsos del cansancio y la fatiga, dió gracias á los respetables religiosos por su obsequiosa filantropía, y despues de tomar las señas del camino que debia proseguir para lograr su objeto, se puso en marcha por una llanura tan dilatada en la que en dos dias no pudo distinguir planta, árbol, fuente ni arroyo en que guarecerse de un sol abrasador que le abrumaba y de la devoradora sed que le consumia, en vano giraba la vista á uno y otro lado por ver si podia distinguir alguna choza, castillo ó ganadería donde poder reponer sus estenuadas fuerzas y las de su caballo: la seca arena tan solo era la que se le ofrecia apurando su paciencia y sufrimiento.

Ya habia declinado el sol cuando distinguió á lo lejos un robusto y altísimo pino, que parecia el gigante de aquellas arenosas regiones; se encaminó hácia él, y al acercarse notó con asombro que una lucidísima lanza se hallaba arrimada al tronco de aquel árbol pasmoso y solitario. Fuese el misterio que creia encerraba aquel encuentro, fuese que le pareció de mejor temple que la suya, lo cierto es que la cambió tomando la que se hallaba arrimada al pino y colocando en su lugar la que él llevaba.

Apenas habia practicado esta operacion cuando se le presentó un enano que parecia haberle abortado la tierra ó salido del pino; su crespo cabello gris, parecido á las cerdas del jabalí, sus redondos

ojos ensangrentados y medio cubiertos por unas guedejas de lana que formaban la ceja, una cabeza disforme achatada y un cuerpo tan diminuto que apenas contendria una cuarta, formaban el todo de aquel vestiglo, parecido á un ser salido de las cavernas de Pluton. Jofre se admiró al contemplar figura tan estraordinaria; pero el enano acostumbrado sin duda á ver y hablar á otros caballeros, se puso delante de Jofre y con centellantes ojos le dijo:

—¿Cómo habeis tenido el atrevimiento de arrebatar la lanza que está encargada á mi vigilancia? Nuestro jóven le respondió sonriéndose con desprecio: ¿eres tú el guardador de esta lanza?

El enano hizo una señal afirmativa y principió á dar unos gritos tan descompasados que se dejaban oir en muchas millas.

A poco rato divisó el esforzado Jofre que un caballero perfectamente armado se dirigia hácia él apresuradamente; el doncel le esperó con la serenidad mas completa que puede imaginarse hasta el mismo instante que aproximándose el recien llegado, le dijo:

—¿Quién os ha dado permiso para tomar esa lanza sin que primero hayais sabido á lo que queda obligado el caballero que tal hace?

—Decídmelo y lo sabré, respondió Jofre sin perder un ápice de su sangre fria.

—Sabed, pues, dijo el caballero de la interrogacion, que el que toma esa lanza se compromete á una de estas dos cosas: ó á batirse conmigo ó á ir preso á aquel castillo; y le señaló una torre que aun no habia visto el caballero de la reina Ginebra. Y continuó: si admitís el reto y os venzo, sereis colgado irremisiblemente de este pino como lo han sido todos los caballeros á quienes he vencido en diferentes ocasiones; y si convenis en venir preso de vuestra propia voluntad, sereis colocado en aquella torre y os destinaré á los trabajos mecánicos como al vil esclavo.

El intrépido Jofre le miró con desprecio y le dijo:

—Me dais á conocer en vuestro lenguaje que estais muy distante de ser un buen y leal caballero, porque el indigno trato que dais á vuestros prisioneros, mas se parece al que dan á los suyos los bárbaros tiranos del África que á los que debe dar un hombre que ciñe espada y calza espuela de caballero; así, disponeos, pues sin duda el cielo me envió á estos lugares para que castigara tantas iniquidades y perfidias.

El caballero de la torre tomó el suficiente espacio, y lo mismo hizo Jofre, y arremetiéndose con violencia se dieron diferentes lanzadas, logrando el doncel derribar á su contrario. Luego que lo miró en el suelo herido, lo condujo al pié del pino para colgarle de él, segun lo hubiera hecho el otro si le hubiese vencido, cuya operacion mandó practicar al mismo enano que guardaba la lanza, quien obedeció temiendo sufrir la misma suerte que su señor; pero Jofre se contentó con hacerle su prisionero y mandarle le guiara á la torre. Llegados á ella cuando ya la

noche habia esparcido su manto por la tierra, mandó se le presentasen los veinte caballeros que en ella habia presos, á los que convidó á que le acompañasen á cenar; estos lo hicieron de buen talante, manifestándoles Jofre que quedaban en libertad bajo la condicion de presentarse con aquel enano en la córte del rey Artus y ponerse á disposicion de la reina Ginebra su señora, participándola cuanto habia ocurrido.

Al siguiente dia se despidieron los caballeros de su libertador, dándole las mas espresivas gracias por el singular favor que les habia dispensado con libertarles de una prision en que habian gemido mas de veinte años: y seguidos del enano se encaminaron á la córte del rey Artus á la que llegaron felizmente, y presentados á los reyes les hicieron presente el objeto de su llegada y cómo habian sido libertados por el esfuerzo de su caballero Jofre Donason.

Los reyes quedaron asombrados con los repetidos triunfos de su doncel que corrian de boca en boca por todos los círculos de la córte. Los caballeros despues de haber descansado en el palacio ocho dias se dirigieron á sus tierras, llevándose los caballos y armas que el rey les regaló, prometiendo ellos no descansar hasta volverse á encontrar con el esforzado Jofre para seguirle y ayudarle en sus aventuras. El enano quedó en palacio porque gustaba á SS. AA. el mirar su estraordinaria figura.

## CAPITULO III.

**Jofre se dirige en busca de Tablante y se encuentra con Montesinos el fuerte, se bate con él y liberta á Bruniesen, señora de la Floresta, sobrina de don Milan.**

Regocijado el caballero de la Tabla Redonda despues de la ocurrencia de la lanza peligrosa y de la torre, se dirigió en busca de Tablante. A los cuatro dias de seguir su camino llamáronle la atencion los gritos descompasados de una hermosa doncella que puesta de pechos én un balcon de una hermosísima quinta imploraba auxilio, cubierta de lágrimas para que la libertasen del formidable peligro en que se encontraba. Jofre se dirigió hácia la casa, á cuya puerta se hallaba un caballero perfectamente armado pugnando por abrirla. La linda dama al acercarse el intrépido Donason, dijo:

—Noble caballero, por la órden que profesais os suplico me liberteis de este importuno y grosero pretendiente que habiendo reusado su mano diferentes veces, intenta baja y cobardemente arrebatarme y empañar mi honor en contra de todas las leyes de la andante caballería. Yo me llamo Bruniesen, soy señora de la Floresta y dueña de esta quinta, donde me hallo de vuelta para mi palacio, pues vengo del

de mi tio el conde don Milan, de consolar á mi tia la señora condesa, que se halla inconsolable desde la prision de su esposo ejecutada por Tablante de Ricamonte.

Jofre quedó asombrado de tan estraña aventura, y dirigiéndose al caballero que ya habia montado á caballo, le dijo:

—¿Con qué derecho intentais violentar la voluntad de esta amable doncella, contraviniendo á las reglas que debe observar todo aquel que se precie de caballero? Yo la tomo bajo mi proteccion, y así podreis apercibiros al combate, pues quiero castigar en vos la afrenta y deshonra que caería indudablemente en cuantos visten armadura y calzan espuela, si permitiesen que en vez de protejer á las bellezas se las violentase y oprimiera como habeis querido hacer con esta ilustre señora.

Los dos caballeros se separaron largo trecho para encontrarse con mas violencia con la lanza en ristre; se arremetieron con tanta ferocidad que apenas pudieron sostenerse sobre las sillas; se repitió el choque. Jofre tuvo la fortuna de derribar á su contrario que cayó en el suelo gravemente herido de un bote de lanza; el bizarro doncel siempre generoso con los vencidos, le perdonó bajo la condicion de que que habia de presentarse á la reina Ginebra y manifestarla lo que le habia acaecido, demanda á que accedió Montesinos, que este era el vencido, á quien se curó con el mayor esmero, dirigiéndose despues á la córte del rey Artus, á quien dió cuenta de todo lo sucedido, mandando S. A. que este hecho se escribiera en el libro de la Tabla Redonda.



El esforzado Jofre recibió las pruebas mas grandes de agradecimiento de la hermosa y encantadora dueña de la Floresta, á que correspondió con la delicada cortesanía propia de la esmerada educacion que habia recibido.

Al dia siguiente de la anterior aventura, Bruniesen suplicó á su libertador la condujese á su palacio, á lo que accedió gustoso, y acompañada de algunos pajes y escuderos emprendieron la marcha.

En los dias que tardaron en llegar á la Floresta Jofre participó á la dama cuanto le habia ocurrido desde que habia salido de la córte del rey Artus, de cuya relacion quedó tan prendada que desde entonces juró no ser de otro que del valiente que tantas heroicidades habia hecho.

Llegados á la Floresta descansó Jofre dos dias en los que se acrecentó el amor que ya le habia inspirado la hermosa Bruniesen, quien por su parte no omitia medio para darle á conocer el que sentia su corazon. Los dos unánimes se manifestaron el mas acendrado cariño, jurándose un amor eterno que coronaría el himeneo tan luego como Jofre libertara al conde don Milan de la prision en que yacía.

Al tercer dia de su permanencia en la Floresta, se dispuso á continuar su camino y ni los ruegos ni las lágrimas de la hechicera dueña de la Floresta fueron bastantes á hacerle distraer de su propósito; partió por fin, dejándola en el mayor desconsuelo, aunque dispuesta á seguirle por do quiera que fuese.

Apenas Jofre habia perdido de vista el palacio que acababa de abandonar cuando su amante llamó á sus mayordomos y otros tres criados de su confianza y les manifestó el deseo de seguir á Jofre disfrazada de guerrero; los criados deseosos de complacer á su señora, y anhelando por otra parte el correr tierras y emprender aventuras, aprobaron el pensamiento y se dispusieron á complacerla inmediatamente. Bruniesen se fué á la sala de armas que conservaba en el mismo estado en que se la habian dejado sus antecesores, y entre todas ellas escogió las siguientes, que vistió en el mismo instante. Una armadura de bruñida plata festoneada con diferentes esculpidos de finísimo oro en cuyo peto se miraban las armas de su familia guarnecidas de piedras preciosas; un ligero y gracioso casco de relumbrante y templadísimo acero, en cuya dorada cima ondeaba un magnífico plumero de cisne; el yelmo, brazaletes y demás de que se componia la armadura, correspondia perfectamente á la riqueza de aquella, sobre la que veíanse flotar graciosamente los rubios y finísimos cabellos de la hermosa que convertidos en lindas sortijas embellecian el espaldar de la coraza sobre la que caian al parecer con descuido; una lanza preciosa con la banderola carmesí y una magnífica espada guarnecida de diamantes, componian el todo de las armas de aquel Adonis convertido en guerrero.

En esta sazon ya los criados se hallaban equipados con arreglo á la magnificencia que se notaba en su señora, y cuatro magníficos caballos escarbaban la arena á la puerta principal del palacio, dando señales del deseo de hallarse en los combates. Bruniesen bajó precipitadamente y montó en un hermoso alazan árabe, cuya bellísima piel se asemejaba á la del tigre; los criados practicaron lo mismo y todos siguieron el mismo camino que habia llevado el afortunado Jofre.

## CAPITULO IV.

**Jofre encuentra un caballero que le da noticia de diferentes aventuras que se ofrecian entonces en aquellos contornos.**

Al siguiente dia de la salida del castillo de la Floresta, Jofre halló un andante y atento caballero que sin duda buscaba algunas aventuras como nuestro héroe, y despues de saludarle cortesmente trabaron conversacion acerca de lo que habia de notable en aquellos contornos, manifestando el caballero que lo que se ofrecia como mas asombroso por entonces era una casa encantada situada en las antiguas montañas de Albania, guardada por un formidable jigante que se llamaba el Malato, cuyo valor indecible y estraordinaria fuerza no habian permitido jamás salir á ninguno de los caballeros que se habian atrevido á entrar en la citada casa.

Jofre no pudo menos de mostrar deseo de probar aquella aventura, el otro caballero continuó:

—Tambien existe no muy lejos de aquí el temible castillo de Ricamonte, cuyo esforzado dueño tiene presos á veinte caballeros de los mas valientes de estos paises.

Los ojos del doncel brillaron de alegría, pero sin darlo á entender dijo á su compañero continuase dándole noticias; este lo hizo del modo siguiente:

—Lo que mas de notable se ofrece por ahora son los torneos y justas que el rey de Escocia tiene en sus Estados, á las que concurrirán sin la menor duda los mas bizarros caballeros que existen en la tierra; pero para llegar allá es preciso atravesar la Normandía y un rio que la cruza que no tiene mas que una barca guardada por muchos caballeros posesionados en un fuertísimo castillo inmediato al rio: estos exigen á los pasajeros que no son caballeros, crecidas sumas por dejarles pasar al otro lado, y á los que lo son, les impiden el paso á no ser que se junten lo menos cinco y reunidos que son salen diez caballeros del castillo y se tienen que batir uno á uno con los que pretenden pasar por la barca. Si el del castillo vence al primero no se permite el paso á los demás viajantes, y si lo contrario, es inu-

pensable que el combate continúe hasta vencer los nueve restantes.

Jofre, al escuchar tan raras condiciones entró en deseos de probar fortuna, y se propuso á todo trance hallarse en el torneo del rey de Escocia. Convinieron, pues, que al llegar al rio esperarian en aquel sitio hasta que la casualidad les proporcionara algunos caballeros mas para cumplir las condiciones impuestas por los que guardaban la barca.

Una hora haria que habian llegado cuando divisaron á cinco ginetes perfectamente armados que se dirigian hácia ellos. Al acercarse estos, quedaron estupefactos al contemplar el hermoso y arrogante corcel piel de tigre que llevaba el primero, no menos que de la riqueza de sus armas, donaire y gentileza del caballero, calculando seria algun príncipe que iria al torneo que tenia el rey de Escocia: se saludaron, y Jofre les dirigió la palabra en estos términos, fijándose en el de la magnífica armadura:

—Caballeros, si no os sirviera de incomodidad y os fuera permitido el revelarnos el objeto que os conduce á estos lugares, desearíamos nos manifestáseis á dónde os dirigis, pues nosotros deseamos hallarnos en las justas que celebra el rey de Escocia y no podemos pasar la barca que estais viendo por no llegar á cinco los caballeros que lo intenten: y entonces manifestó las condiciones impuestas por los caballeros del castillo.

El de la luciente armadura contestó:

—Precisamente nosotros tambien caminamos á la córte del rey de Escocia y no tenemos inconveniente en acompañaros hasta allá.

Convenidos así, se dirigieron á la barca, en la que ya esperaban diez caballeros armados que los habian visto desde las almenas del castillo. Jofre se adelantó diciéndoles:

—Los que aquí venimos queremos á todo trance pasar la barca y no reusamos el llevar á efecto las condiciones que teneis marcadas para este pasaje; conque así, podeis prepararos al combate.

Salió uno de los diez, al que del primer encuentro derribó el doncel del caballo: salió el segundo que corrió la misma suerte con alguna mas resistencia; salieron, por fin, otros dos que tambien quedaron vencidos: los seis restantes, viendo el esfuerzo invecible del primer caballero que se habia presentado en la lucha, le acometieron á la vez, lo que visto por los compañeros de Jofre volaron á su auxilio y en cortos momentos derrotaron completamente á los guardas de la barca, se apoderaron de ella y pasaron al otro lado al tiempo que otros diez caballeros del castillo llegaban en auxilio de los ya derrotados; se renovó el combate; despues de repetidos encuentros, botes y cuchilladas, lograron los de Jofre desbaratar completamente á todos sus contrarios, no sin haber tenido la desgracia de mirar en el suelo sin sentido al gallardo caballero del caballo atigrado: Jofre se apresuró á

desmontarse del suyo para socorrer á su compañero, ¡pero cuál fué su asombro cuando al despojarle del casco y levantarle la visera reconoció al angelical semblante de la bella Bruniesen!

Atónito y pasmado de tan raro suceso, se apresuró á aflojarle la armadura cuando la hermosa principió á volver en sí, recobrando su fuerza con el auxilio de una esencia que su mayordomo aplicaba á la afilada nariz que tanta gracia le hacia.

Vuelta en sí manifestó á Jofre lo que la habia impulsado á adoptar aquel traje, suplicándole la permitiese acompañarle en sus gloriosas aventuras hasta que el himeneo coronase su sien con la diadema nupcial; Jofre se resistió á una demanda que conceptuaba peligrosa, pero las muchísimas instancias de la bella y de los demás que la acompañaban le obligaron á acceder.

Repuestos algun tanto de las fatigas consiguientes á la batalla que acababan de tener, partieron para Escocia, á la que llegaron con toda felicidad.

Al dia siguiente de llegar á la córte se entretuvieron en preparar las armas y caballos para las justas, y reconocer el palenque donde debian verificarse; en él fué reconocido Jofre por un caballero de los veinte que libertó en la torre, quien le manifestó que todos ellos habian llegado allí esperanzados de poder hallarle.

Por la noche se reunieron todos en la posada de Jofre, eligiéndole unánimamente por su caudillo; concluido el acto y despues de felicitarle por sus muchas y singulares victorias, se retiraron á descansar esperando el siguiente dia que era el aplazado para el torneo.

Las once en punto señalaba el reloj de la plaza en que se hallaba situada la posada de Jofre, cuando todos sus caballeros montados en soberbios caballos esperaban la salida de su caudillo. A poco rato apareció éste sobre el brioso azabachado, haciendo con las manos corbetas y escaramuzas, y, reunido á los suyos se dirigieron al palenque; este se hallaba adornado con magnificencia: el rey de Escocia ocupaba un dosel cubierto de damasquinas telas; á su lado se hallaban los jueces del campo y las damas de la servidumbre de la reina que ocupaba la izquierda del rey en el mismo trono.

Los clarines dieron la señal de principiar el combate presentándose en él con otros diez caballeros el príncipe de Normandía, á cuyo valor no pudo resistir ninguno de los caballeros que con él quisieron probar sus lanzas; pero entrando Jofre en el palenque, hizo notar al concurso la destreza y agilidad que le adornaban, y en los primeros encuentros dió á conocer al príncipe de Normandía la diferencia que habia de él á los caballeros vencidos; se repitieron los choques, las armas centelleaban con estruendo, los escudos rodaban en pedazos por el suelo y los yelmos abollados y aun rotos, apenas podian resis-

tir ya los golpes de los combatientes. Jofre, impaciente de una lucha tan pesada, tomó un espacioso trecho, y arremetiendo á todo escape contra el de Normandía, le sacó de la silla por cima de las ancas del caballo que tampoco pudo resistir el empuje del de Jofre, y ginete y corcel rodaron por el suelo casi exánimes. No habiendo otro caballero que se atreviera á justar con el doncel, el rey y los jueces le declararon vencedor en aquel dia.

Al siguiente sucedió lo mismo, pues nadie pudo resistir á Jofre y sus caballeros; pero al tercero se presentó el gran Mauratan de Persia, cuya colosal fuerza sobrepujaba á la del mas robusto elefante. Jofre aun no habia llegado cuando ya se hallaba en el palenque el soberbio asiático sin que nadie se atreviera á combatir con él; entró en él el jóven caballero de la Tabla Redonda, que esta vez montaba el hermosísimo caballo de su amante y la luciente armadura que ella llevaba el dia de la batalla de la barca. Bruniesen, vestida con su traje de señora presenciaba el torneo, pues Jofre la habia prohibido ponerse la armadura mientras permaneciese en la córte de Escocia.

El doncel del rey Artus paseó la plaza, y poniéndose frente del dosel que ocupaban los reyes y jueces del campo, les hizo el saludo mas respetuoso; en seguida, dirigiéndose al gran Mauratan de Persia á todo escape, se encontraron las lanzas con tanta violencia que las corazas en que tropezaron las puntas brotaron tantas chispas como pudieran salir de las fraguas de Vulcano. En el segundo encuentro se miraron esparcidas por el viento mil astillas de las gruesas lanzas que hechas menudos pedazos sembraban el suelo á la inmediacion de los dos combatientes. Las espadas sucedieron á las lanzas. Los reveses y tajos caian como un diluvio sobre las abolladas armaduras. El concurso miraba atónito aquella descomunal lucha sin resolverse á pronunciar cuál sería el vencedor: el corazon de la amable Bruniesen palpitaba á cada golpe que paraba ó recibia su adorado, y, en fin, todos, todos, cada uno por su estilo, parecia tener pendientes sus corazones del éxito de aquella nunca vista batalla.

El denodado Jofre, fatigado de una pelea tan prolongada y maltratado por los terribles mandobles de su contrario, deseaba á todo trance que terminara el combate; cubriéndose con los restos de su roto escudo y apretando la empuñadura de la espada; le tiró tan fuerte cuchillada que hendiéndole el casco por la parte que estaba demasiado débil, le introdujo la espada por el medio de la cabeza hasta los sesos dejándole muerto.

Un grito de asombro resonó en todos los ángulos de la plaza: el rey y los jueces aclamaron vencedor en los tres dias al caballero de la Tabla Redonda, dándole el premio destinado, que era una preciosa diadema de oro guarnecida de diamantes.

Coronas de laurel enlazadas con mirtos, palmas y azucenas cayeron á los pies del vencedor, á quien el público aplaudia con frenético entusiasmo. Todos á una voz pidieron al rey hiciese saber el nombre de tan valiente caballero, cuya peticion repitió el monarca. Jofre, entonces levantando la visera, dijo en alta voz:

—Poderoso señor, ilustres y hermosas damas, pueblo respetable y hospitalario, yo me llamo Jofre Donason, vasallo del rey Artus y caballero de la Tabla Redonda, fundada por él.

Los vivas volvieron á repetirse con mas fuerza, dando fin al torneo que á todos dejó asombrados.

Jofre, su amada y demás amigos, descansaron algunos dias en la córte de Escocia; al cabo de los cuales se pusieron en marcha para diferentes destinos. Jofre partió decididamente en busca de Tablante de Ricamonte, y Bruniesen y los veinte caballeros con sus criados á la córte del Rey Artus, hasta donde les previno Donason fuesen acompañando á la señora de la Floresta. Partieron todos en un mismo dia, llegando la jóven Bruniesen y los caballeros á la córte que se les habia ordenado. Fueron recibidos por el monarca con el mayor júbilo, y Bruniesen quedó desde luego al lado de la reina Ginebra, esperando como todos los demás que la acompañaban, la deseada vuelta del gran Jofre.

## CAPITULO V.

**Jofre recorre varios paises en busca de Tablante de Ricamonte.—Aventuras que le sucedieron durante el viaje.**

Cuando el héroe de la Tabla Redonda se hubo separado de sus compañeros en Escocia, tornó á repasar la barca del gran rio de Normandía, y al llegar á un hermoso valle poblado de abetos, naranjos y limoneros, divisó á una bella jóven á caballo; esta se le acercó preguntándole con el mayor candor y sencillez:

—¿Quereis hacerme la gracia de decirme si sois vos el caballero Jofre? A lo que le respondió este:

—¿Por qué lo preguntais?

—Porque deseaba conocerle para darle las gracias debidas á su virtud y esfuerzo acreditado con la libertad que dió á un hermano mio, preso en una torre por espacio de veinte años.

—Pues, señora, repuso Jofre, yo no soy el que buscais aunque le conozco ha mucho tiempo.

En esto vieron venir hácia ellos un caballero armado que Jofre reconoció ser Montesinos, el mismo que habia querido robar á Bruniesen en la quinta. Así que se acercó á ellos y reparando en la hermosa

doncella, preguntó á Jofre, á quien no habia conocido, si le pertenecia aquella dama, á lo que contestó que no. Entonces Montesinos, asiendo las riendas del caballo de la bella, queria llevársela á pesar de la resistencia que ella hacía, manifestando que solo queria encontrar á un valeroso caballero llamado Jofre, y que no abandonaria su camino hasta lograrlo.

El atrevido Montesinos, al escuchar el nombre de Jofre, lejos de respetarle como á un generoso vencedor, se burló de él, insistiendo en quererse llevar á la doncella. Entonces el valeroso doncel indignado al observar la insolencia del licencioso Montesinos, arremetió contra él con tanta furia que en el primer encuentro le derribó del caballo, y desmontándose del suyo le puso el pie sobre el pecho, y levantándole la visera, le dijo:

—¡Infame y mal caballero! ¿Con que no has escarmentado de querer robar doncellas en vez de acatarlas y protegerlas? Hoy no eres digno de mi indulgencia. Y de un tajo le cortó la cabeza sin atender á los ruegos que el fementido Montesinos le hacia para que le perdonara la vida.

La doncella, agradecida al favor que le habia dispensado, le volvió á suplicar la dijese quién era; á lo que contestó Jofre:

—Hermosa doncella, no os puedo complacer en este momento; pero partir para la córte del rey Artus y allí hallareis á vuestro hermano, y decidle de mi parte que el caballero de la Torre y de Escocia, es el que os ha libertado de ese malvado que yace exánime; lo mismo direis á la reina Ginebra; y á la señora de la Floresta añadidla que el caballero de la quinta no volverá á turbar su reposo, pues es ese mismo que estais viendo.

La doncella le dió gracias por el favor que le habia dispensado; y llegando á su casa que no estaba lejana, partió para la córte del rey Artus en la que halló á su hermano, contándole cuanto le habia pasado con el caballero que la libertara del atrevido que queria robarla. Por la relacion que hizo, todos se cercionaron que era Jofre el caballero de esta aventura, y Bruniesen conoció que el muerto no podia ser otro que el infame Montesinos.

Jofre, despues de haber libertado á la doncella, se acordó de la casa encantada que guardaba el gigante Malato, y deseoso de conocer á este temible como formidable personaje, se dirigió á ella por lo mas espeso de aquellos bosques. Habia andado como unas seis horas cuando llamó su atencion una afligida mujer que llamaba á gritos; se acercó á ella y la preguntó qué era lo que se la ofrecia, á lo que contestó:

—Habeis de saber, ¡oh noble caballero! que en lo mas intrincado de estos bosques se halla una casa encantada guardada por el fiero

y sanguinario Malato que se halla enfermo. Un mágico que le visita le ha recetado para su cura un baño de sangre de niños, para lo que el sayon que tiene á sus órdenes ha recogido unos treinta, entre ellos uno mio; os pido, señor, hagais un esfuerzo para libertar á aquellos inocentes de padecer el martirio á que serán condenados por el maldito gigante.

Escandalizado Jofre de escuchar á la pobre madre, la dijo le guiase á la casa del Malato, y lo verificó en el momento. Llegados á ella echó pié á tierra entregando el caballo á la buena mujer que esperaba con ánsia el resultado de aquella aventura.

La puerta de la casa se hallaba abierta y Jofre se lanzó dentro sin el menor recelo, y despues de caminar por un largo pasadizo se entró en una sala en que se escuchaban lastimeros sollozos: á la inmedicion de un lecho cubierto de ricas colgaduras se hallaba un hombre de agigantada estatura, sus ojos eran centelleantes, sus labios gruesos y aceitunados, y su semblante el mas feroz que hasta entonces se habia visto: á su lado se hallaba una doncella sumamente afligida.

Tan luego como Malato distinguió al guerrero, le dijo con voz atronadora:

—¿Cómo has osado pisar este recinto del que jamás un caballero salió vivo? Jofre le contestó:

—Vengo decidido á concluir con tus iniquidades y libertar á esta jóven y demás niños que tienes en tus garras; y se fué á él con la espada desnuda; el Malato le esperaba con una porra grande de hierro, pero Jofre huyendo el cuerpo de la maza, le tiró una cuchillada que se la introdujo hasta medio muslo. El malato viéndose herido, descargó su maza, que no hallando el cuerpo del caballero porque supo huir el golpe, se metió en el suelo mas de dos palmos: entonces Jofre le tiró otra cuchillada y le cortó el brazo derecho, pero el gigante, asiendo la maza con la mano izquierda le descargó un solo golpe tan atroz que rompiéndole el escudo dió con él en tierra; mas la doncella prisionera ayudó á Jofre á levantarse y no pudiendo Malato apenas moverse por las heridas del muslo y brazo, por donde vertia torrentes de sangre, tuvo tiempo el caballero de darle otro revés del que le cortó la cabeza.

Concluida de esta manera la lucha con el gigante, suplicó á la doncella le guiara donde estaban los niños; la jóven le condujo á una bóveda subterránea alumbrada solo por la opaca luz de una lamparilla de azabache; en dicha bóveda halló al sayon que se habia guarecido en ella atemorizado, quien le pidió hincando de rodillas le perdonase la vida y le manifestaria en qué se cifraba el encanto de aquella infernal casa. Jofre accedió á la súplica, y el sayon le dijo:

—Subios á esa pirámide y hallareis una calavera; cojedla y estre-

lladla contra ella y quedará deshecho el encanto. Jofre lo verificó así, y no bien habia hecho pedazos la calavera contra la pirámide, cuando la bóveda se vió iluminada por los radiantes rayos del sol, y todos los treinta niños alrededor de ella.

El héroe entregó el que pertenecia á la mujer que quedaba á la puerta, mandando al sayon practicase igual operacion con los demás, entregándolos á sus respectivas madres, cuyo encargo hizo tambien á la doncella y á la señora que habia encontrado primero.

Al sayon le mandó presentarse en la córte del rey Artus.

Terminada la aventura de la casa encantada y del gigante continuó Jofre su camino hácia el castillo de Ricamonte; pero diez millas antes de llegar á él, llamó su atencion un caballero desarmado y una doncella que marchaban á encontrarse con él: la jóven sollozaba amargamente, y preguntándola la causa, respondió:

—Habeis de saber, señor, que este que veis en mi compañía es mi hermano que se halla gravemente enfermo; marchábamos á una quinta con intencion de que tomase los aires en el campo, mas puro siempre que los que corren en las grandes poblaciones, pero al atravesar ese puente que teneis á la vista se opuso á nuestro paso el caballero dueño de él, exigiendo de mi hermano que se batiese con él, á lo que contestó le era imposible por entonces á consecuencia de la enfermedad que padecia; el caballero entonces despreciando mis súplicas y las reflexiones de mi señor hermano, le desarmó, no permitiéndonos el paso; por lo que nos volvemos á nuestra ciudad afrentados y pesarosos, si es que no hallamos al valiente Tablante de Ricamonte ó el caballero de la lanza peligrosa, únicos que creemos podrán salir á nuestra defensa. Jofre respondió á la afligida doncella:

—Pues yo, aunque no soy ninguno de los caballeros á quien habeis nombrado, juro, por la órden de caballería qne profeso, que he de castigar tal iniquidad y grosería tanta; y así, si confiais en mis promesas, volved conmigo, que yo haré que os faciliten el paso por el puente.

Los dos hermanos siguieron el consejo de Jofre, esperanzados en sus ofertas, y llegados al puente hallaron al caballero que le guardaba, el que les preguntó con arrogancia: ¿Cómo os volveis, contraviniendo mis espresas órdenes? Jofre tomó á su cargo el contestar, y lo hizo en estos términos: Los señores me han asegurado no les habíais permitido el paso, porque este caballero no ha podido batirse á consecuencia de sus dolencias; si no deseais mas que un combate á muerte, aquí me teneis á mí que haré las veces de este doliente caballero. El del puente contestó aceptando el duelo y afirmándose en que ni á él ni á los demás les daria paso sin que antes pasasen por encima de su cadáver; lo que visto por el de la Tabla

Redonda, le hizo seña de que se apercibiera, y puestos en guardia se arremetieron uno á otro con la mayor furia; tuvieron el primer encuentro sin causarles notable sensacion; pero en el segundo acertó Jofre á meterle la lanza por uno de los costados de la armadura, por donde la abrochaba, y lo derribó del caballo, echando torrentes de sangre por la boca, de cuya herida murió á los pocos instantes.

Los dos hermanos dieron á Jofre las mas espresivas gracias, el que contestó devolviéndoles las armas que les habia quitado el del puente; que si deseaban volverle á ver, fuesen á la córte del rey Artus y manifestaran aquella aventura; á lo que accedieron los agradecidos hermanos: despidiéndose de Jofre que siguió el camino de direccion del castillo de Ricamonte.

## CAPITULO VI.

**Llegada de Jofre al castillo de Ricamonte. — Entrevista que tuvo con Tablante.— Batalla con él mismo, por la que queda en libertad el conde don Milan.—Regreso de todos á la córte del rey Artus; recibimiento que se le hizo.—Reconcilia. ion, bodas y conclusion.**

Ufano con la famosa aventura del puente, continuó su camino y por fin llegó Jofre al castillo de Ricamonte en el que se hacian grandes preparativos para celebrar la Pascua, que era el dia inmediato; puesto delante de la puerta del castillo dijo á un criado con imperiosa voz:

—Decid á vuestro señor Tablante que aquí se halla un caballero de la Tabla Redonda deseoso de combatir con él, para vengar los agravios que ha hecho á la córte del rey Artus, mi soberano, en la persona del conde don Milan, á quien ha tratado como á vil esclavo.

El criado pasó inmediatamente el recado al señor de Ricamonte, que se asomó á un balcon por ver quién era el temerario que osaba venirle á desafiar á su mismo castillo.

Efectivamente, desde el balcon pudo examinar á sus anchas el caballo, armas y ginete que tenia á la puerta, quedando admirado así de la gentileza del caballero, como de la hermosura y lozanía del caballo y la magnificencia y fortaleza de las armas. Bajó Tablante á recibir á su enemigo; pero no como lo hacen los hombres poco generosos, sino como lo practican los caballeros valientes; le saludó cortesmente, á lo que contestó Jofre con la misma cortesanía; en seguida le suplicó Tablante tuviese la bondad de apearse y descansar aquel dia y el otro en su castillo, respecto que era Pascua y no estaba en el órden pelear en dia tan solemne, prometiéndole que pasada, quedaria complacido. Accedió Jofre á tan religiosa demanda

y echó pié á tierra, viniendo en seguida dos criados de Tablante, que el uno se encargó de desarmar y cuidar al caballero, y el otro al arrogante corcel que todos admiraban.

Desarmado Jofre pasó á la sala en que le esperaba Tablante con otros caballeros amigos suyos, y todos se admiraron al mirarle tan jóven y tan atrevido, atribuyendo su decision á un grave compromiso ó á un acto de desesperacion. Sentados todos en cómodos y magníficos sitiales, tuvieron tiempo de examinar mas á su placer al jóven Jofre, quien les dejó admirados con sus delicados modales y su mucha instruccion en todo lo concerniente al manejo de las armas, leyes y reglas de la andante caballería. Tablante quedó prendado del fino trato de su huésped, y no dudó seria hijo de un muy grande caballero.

Al siguiente dia, que era el de la Pascua, salieron á paseo solos y Tablante dijo al de la Tabla Redonda:

—Confieso que estoy prendado de vuestra gentileza, agradable trato y sobresaliente instruccion que manifestais tener en el manejo de las armas, y por lo tanto desearia que el combate aplazado no se efectuara; antes por el contrario, que nos jurásemos una amistad sincera y de la mas larga duracion desde este momento, y para cuyo acto suplícoos encarecidamente me digais vuestro nombre, de quién sois hijo y cuál es el motivo de retarme al combate.

Atento Jofre á la manifestacion de Tablante, le contestó:

—Principio por daros las mas espresivas gracias por el buen concepto que os he merecido; y respecto á la amistad que me proponeis y que yo aceptaria muy gustoso, vos sois el único que ha de decidir si hemos de ser amigos ó enemigos. Soy caballero de la Tabla Redonda y vasallo del rey Artus, y vengo á exigiros la mas completa satisfaccion por el insulto hecho á mi rey y á los caballeros de la órden en la persona del conde don Milan, á quien habeis tratado cruelmente: esto por sí solo seria lo suficiente para que yo os exigiera la demandada satisfaccion; pero ademas, habeis de saber que yo soy hijo del conde Donason; y por consecuencia pariente del conde don Milan: esto supuesto, si efectivamente deseais mi amistad es indispensable que con el señor conde y conmigo vengais á dar una pública satisfaccion que demuestre vuestro arrepentimiento á la corte del rey Artus; de otro modo no es posible eludir el combate que debe terminar con la muerte de uno de los dos.

Asombrado Tablante de tanta osadía en un mancebo de tan cortos años, no pudo menos de enojarse y responderle bruscamente:

—No digo al conde don Milan, sino al mas inferior caballero de los veinte que tengo prisioneros en mi castillo, dejaré marchar por esas amenazas, que desprecio.

—Pues entonces nada tenemos que hablar sobre el particular, hasta mañana que el combate lo decida. Y sin mas palabras regresaron al castillo.

El lunes, Jofre y Tablante montados en sus briosos caballos y provistos de fuertes y lucidas armas, salieron del castillo de Ricamonte, seguidos de mucha gente de armas, y llegados á un valle no lejano dieron principio al combate. Tomaron el espacio suficiente para que el choque fuera mas violento, y aplicando el acicate á los cerceles, se acometieron casi á rienda suelta; las lanzas se contuvieron contra los bruñidos escudos con que chocaron con estrépito; pero los ginetes apenas se movieron de las sillas: volviéronse á acometer con mas violencia, quebrando las lanzas en pequeños fragmentos esparcidos en el aire. Sacaron las espadas y el combate se renovó con mas encarnizamiento; las armas centelleaban con su choque, formando un estrépito cual muchos martillos en una bien provista herrería: los escudos caian hechos trozos en el suelo, y los cascos y yelmos cubiertos de cortes y hendiduras, dejaban ver la mucha sangre que vertian los combatientes. Jofre pudo haber quitado la vida á su contrario, pues logró cortarle una rienda de la brida, por lo que no le era posible barajar al caballo; pero siempre va-




liente y generoso, propuso á Tablante continuar el duelo pié á tierra. Así lo hicieron acometiéndose con mas fuerza; pero Jofre, mas dies-

tro, mas esforzado ó con mejor suerte, logró derribar á Tablante al suelo bastante mal herido. El de Ricamonte conoció la ventaja que le llevaba su contrario y se declaró su prisionero, entregándole su espada y prometiendo dar libertad al conde don Milan y los demas caballeros, y acompañarlos á la córte del rey Artus, en la que se declararia vencido por el esforzado Jofre Donason.

Con bastante trabajo regresaron al castillo de Ricamonte; en donde permanecieron muchos dias curándose sus heridas, en cuyo tiempo tambien se curó de sus enfermedades el conde don Milan, que se hallaba de peligro á consecuencia de sus muchos padecimientos. Restablecidos todos de sus respectivas dolencias, se pusieron en marcha para la córte del rey Artus, descansando algunos dias en el castillo llamado de Hierro; salieron de él los dos guerreros con el conde don Milan y con los veinte caballeros que tenia prisioneros Tablante.

A los pocos dias llegaron á la córte, siendo recibidos de los reyes, caballeros y pueblo con el mayor júbilo, pues todos se hallaban ya al corriente de las imponderables hazañas de Jofre Donason. Al dia y hora señalados, Tablante en presencia de toda la córte, manifestó en voz alta lo que le habia ocurrido con Jofre, confesando que era el caballero mas bizarro que tenia el universo. La Bruniesen y la condesa de don Milan, que se hallaban en la córte, fueron las que mas interés mostraron en tan faustos acontecimientos, pues miraban la una á su prometido esposo y la otra á su legítimo dueño. Los veinte caballeros libertados en la torre de la lanza peligrosa y la doncella, hermana de uno de ellos, el sayon de la casa encantada y los hermanos hallados junto al puente, todos libertados por Jofre, se apresuraron á rendirle el debido homenaje, y hasta el feo enano que guardaba la lanza detras del pino, no se olvidó de esta necesaria ceremonia.

El rey Artus y la reina Ginebra quisieron solemnizar los triunfos de su querido doncel con bodas, fiestas y los mas estraordinarios regocijos; y así dispusieron que Jofre se casase con Bruniesen, señora de la Floresta; la doncella, hermana del caballero de la torre de la peligrosa lanza, con Tablante de Ricamonte, y la otra, hermana del caballero enfermo del puente, con el otro que acompañó á Jofre en el paso de la barca. En estas bodas no se omitió gasto alguno; todo fué magnificencia, riqueza, esplendor, pues lo mas escogido del reino asistió á aquellas funciones nunca vistas en los Estados del rey Artus, fundador de los caballeros de la Tabla Redonda.

Concluidas las bodas, todos los caballeros se partieron para sus tierras, quedando al lado de los reyes el esforzado Jofre, de quien aun se habla con asombro en nuestros dias.

FIN.